

Acompañar: palabra clave en los procesos catequéticos a la luz del *Directorio para la catequesis*

Enric Termes Ferré

Vicario episcopal y catequeta de Barcelona

Al final de las diferentes ediciones del *Directorio para la catequesis* (DC) aparecen dos índices. El segundo recoge ordenadamente los documentos del magisterio que se han utilizado a lo largo de los diversos capítulos y apartados del texto del DC. El primero tiene un carácter temático y permite acercarse al texto del DC a partir de los conceptos que son centrales en el desarrollo de la presentación de la catequesis, a este fin se destacan las referencias a los números en los que aparecen de manera más concisa o amplia referencias a aquel concepto. A veces estos números referenciados aparecen en negrita, para indicar que son especialmente relevantes en referencia al concepto evocado, y otros conceptos relacionados aparecen indicados después de una flecha.

En este segundo índice de conceptos o temático, la segunda palabra que aparece es «Acompañamiento (acompañar)», seguida de una trentenena de referencias, ninguna de ellas remarcada especialmente, pero que nos da a entender que este es un concepto importante para la catequesis y que encuentra un desarrollo pormenorizado a lo largo del desarrollo del DC.

Es fácil constatar, desde la práctica catequética y de la formación de catequistas que se lleva a cabo que, muy a menudo, hablamos de la necesidad de «acompañar», de la importancia del «acompañamiento» de los catequistas, de los procesos, de las familias con las que de una manera u otra entramos en contacto, etc. Pero cabe preguntarse si esta

palabra no es muy utilizada pero poco llevada a la práctica en el día a día del trabajo catequético (esto sí, no necesariamente por mala voluntad ni de los catequetas ni de los catequistas).

Estas páginas quieren sencillamente acercarnos a la visión que el DC da del acompañamiento: cómo lo describe, a quién es necesario acompañar, qué acentos le atribuye; para poder realizar la necesaria profundización en los procesos de fe de las personas, según edades y situaciones. Por esto nos limitamos a intentar destilar qué dice y qué horizonte apunta el DC al hablar del acompañamiento.

1. «Acompañamiento», «acompañar»: una aproximación desde la lengua

Pero quizás lo primero que nos tenemos que plantear es qué significan las palabras «acompañamiento» y «acompañar» para el lenguaje común, tal como las pueden comprender toda persona, independientemente de si esta está implicada en un proceso catequético, ya sea como agente o como receptor. Esta aproximación nos puede ayudar a ser más conscientes de los acentos que aporta la visión de estos conceptos desde su uso específico en el campo catequético. Para ello, en una primera incursión, nos acercamos a las definiciones que de estas dos palabras da el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*:

ACOMPANAR (De *compaña*). 1. tr. Estar o ir en compañía de otra u otras personas. U. t. c. prnl. 2. tr. Juntar o agregar algo a otra cosa. 3. tr. Dicho de una cosa: Existir junto a otra o simultáneamente con ella. U. t. c. prnl. 4. tr. Dicho especialmente de la fortuna, de un estado, de una cualidad o de una pasión: Existir o hallarse en una persona. 5. tr. Participar en los sentimientos de alguien. 6. tr. Heráld. y Pint. Adornar la figura o escudo principal con otro u otros. 7. tr. Mús. Ejecutar el acompañamiento. U. t. c. prnl. 8. prnl. desus. Dicho de un perito: Juntarse con otro u otros de la misma facultad para ocuparse de algún negocio.

ACOMPANAMIENTO. 1. m. Acción y efecto de acompañar o acompañarse. 2. m. Gente que va acompañando a alguien. 3. m. *comparsa* (|| grupo

de personas que figuran y no hablan). 4. m. Alimento o conjunto de alimentos presentados como complemento de un plato principal. 5. m. Mús. Sostén o auxilio armónico de una melodía principal por medio de uno o más instrumentos o voces. 6. m. Mús. Arte de la armonía aplicado a la ejecución del bajo continuo.

Una primera aproximación a la definición que se da a estos dos conceptos nos hace constatar que «acompañar» implica de hecho a más de una persona o cosa, y los dos tienen un papel activo en la acción: hay alguien o algo que acompaña y alguien o algo que es acompañado (también en el caso de una cosa o de una comida, como indica alguna de las definiciones), que se complementan mutuamente aportando cada uno su parte. En segundo lugar, en este acompañar y ser acompañado hay una implicación profunda de la vida, tiene una dimensión profundamente vivencial. En tercer lugar, existe un auxilio que ayuda y da profundidad y complejidad a aquello que se vive y comparte, dilatado en el tiempo (a partir de la aproximación en el campo de la música a estas palabras). Y, finalmente, existe una concurrencia de intereses en la dimensión de fondo que se toca.

Pienso que es importante no olvidar lo que nos aportan las definiciones del *Diccionario* sobre estas dos palabras, tan íntimamente relacionadas, porque es desde este contenido que las personas (incluidos los catequetos, los catequistas e incluso los mismos catequizados) partimos como substrato común al hablar de «acompañamiento» o de «acompañar».

2. La pluralidad de dimensiones y acentos del «acompañamiento» desde la propuesta catequética

Acerquémonos ahora a lo que el DC va desgranando a través de sus múltiples referencias respecto a los términos «acompañamiento» y «acompañar».

Una primera constatación que es pertinente hacer es que la utilización de estas palabras es muy heterogénea y a veces ambigua, lo que

dificulta una caracterización homogénea en el DC, ya que la utilización de estas palabras tanto puede hacer referencia a un acompañamiento propiamente catequético; poro otras veces se utiliza la palabra «acompañante» como sinónimo de catequista, sobre todo en el ámbito de la catequesis de adultos; o bien se refiere a estar de una manera u otra cerca de las personas, estando especialmente atentos a ellas cuando estas viven situaciones difíciles; o, finalmente, incluso se utilizan estos términos para hacer referencia a un acompañamiento específico, de tipo espiritual.

Una segunda constatación previa es que el DC no ofrece demasiadas pistas de cómo se debe realizar este acompañamiento, especialmente cuando se refiere a los procesos catequéticos o a las personas implicadas en ellos. No tenemos de olvidar que

el nuevo *Directorio para la catequesis* ofrece los principios teológico-pastorales fundamentales y algunas orientaciones generales que son relevantes para la práctica de la catequesis en nuestro tiempo. Es natural que su aplicación y la elaboración de indicaciones operativas sea un compromiso de las Iglesias particulares, llamadas a concretar estos principios comunes para que se inculquen en su propio contexto eclesial (DC, n. 10).

3. Acompañar en una «catequesis misionera»

El DC inicia su descripción de la acción catequética que responda a los retos actuales, a partir de dos acentos que el papa Francisco ha subrayado como característicos de la catequesis ya en su documento «programático» de su pontificado, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG): una catequesis kerigmática (cf. EG, n. 164-165; DC, n. 2) y una catequesis como iniciación mistagógica (cf. EG, n. 166; DC, n. 2); en definitiva, una catequesis caracterizada en perspectiva y clave misionera. Toda catequesis —en todas las edades y circunstancias específicas de los dos destinatarios— busca que, a través de un proceso dilatado en el tiempo, se conduzca a la persona a la íntima comunión con Cristo, que es la finalidad última de la catequesis: «Solo una catequesis comprometida en que cada persona pueda madurar su propia y

original *respuesta de fe* podrá lograr el objetivo indicado. Este es el motivo por el cual el presente *Directorio* insiste en la importancia de que la catequesis acompañe la maduración de una *mentalidad de fe* en una dinámica de *transformación*, que en definitiva es una *acción espiritual*» (DC, n. 3).

Este proceso no lo puede realizar el catequizando solo con la ayuda indispensable del Espíritu Santo¹, sino que necesita de un marco eclesial, a través de la comunidad cristiana y de la o de las personas que esta dedica a la tarea de acoger, acompañar y ayudar en este proceso. Un proceso que también se tiene que desarrollar necesariamente a partir y teniendo en cuenta la situación concreta de la persona (su pasado, su realidad actual, sus expectativas y necesidades presentes, etc.).

Pero esta dimensión misionera de la catequesis no es unidireccional, sino que también debe acompañar a que quienes en un momento son acompañados a que se descubran ellos mismos también misioneros:

La catequesis, además, prepara para la misión, acompañando a los cristianos en la maduración de las actitudes de fe y haciéndoles conscientes de que son *discípulos misioneros*, llamados a participar activamente en el anuncio del Evangelio y a hacer presente el Reino de Dios en el mundo: «La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera» (EG, n. 23)².

Es especialmente sugerente la afirmación que el DC formula al hablar del papel de la memoria en la metodología catequética, situándola en conexión «con los demás elementos del proceso catequético, como la relación, el diálogo, la reflexión, el silencio, el acompañamiento» (DC, n. 203), especialmente porque sitúa el acompañamiento entre los elementos del proceso catequético.

¹ Es necesario destacar que el DC insiste en que el Espíritu Santo es el primer actor de la evangelización y también en la catequesis. El Espíritu Santo es el primer «acompañante» de las personas en su proceso de crecimiento en la fe. Este ya está actuando en el corazón de la persona incluso antes que el catequista actúe: «Pero el verdadero protagonista de toda auténtica catequesis es el Espíritu Santo que, a través de la profunda unión que el catequista mantiene con Jesucristo, hace eficaces los esfuerzos humanos en la actividad catequística» (DC, n. 112). El catequista debe tener en cuenta que está al servicio de esta acción primigenia del Espíritu Santo.

² DC, n. 50.

4. El catecumenado: inspiración para el proceso de acompañamiento

El DC insiste en muchos momentos en la «inspiración catecumenal» de la catequesis³. Esta inspiración consiste en aprender de esta experiencia de los primeros siglos del cristianismo, y recuperada por la Iglesia contemporánea a partir del Concilio Vaticano II. Esta recuperación «no significa reproducir al pie de la letra el catecumenado, sino asumir su estilo y su dinamismo formativo» (DC, n. 64), recogiendo el tono misionero que le es connatural y que, a parecer del DC, lamentablemente a menudo se ha ido debilitado en la catequesis.

Retomando el desarrollo que el DC ofrece en este mismo número, todo proceso de inspiración catecumenal tiene en cuenta el *carácter progresivo de la experiencia formativa*, marcada por la estructura en periodos que se van sucediendo gradualmente y progresivamente y que ayudan a crecer y madurar la persona que es acompañada en este camino. Este proceso pide tiempo, un tiempo que la Iglesia-madre tiene que acompañar de manera personal y que se prolonga en el tiempo. Esta característica del de un proceso progresivo y que está marcado por

³ En el número dos del DC, cuando se indican las dos líneas que caracterizan la catequesis en el pensamiento del papa Francisco: la catequesis kerigmática y la catequesis como iniciación mistagógica, se acaba diciendo: «Todo esto hace justicia a la intuición compartida, bien arraigada en la reflexión catequética y en la pastoral eclesial, *de la inspiración catecumenal de la catequesis*, la cual se hace cada vez más urgente tenerla en consideración» (DC, n. 2).

Esta misma insistencia en la inspiración catecumenal de toda la catequesis se encuentra presente en diversos números del DC:

- 135b (cuando habla de los criterios para la formación de los catequistas);
- 232a (la catequesis de los jóvenes y adultos que se preparan para el matrimonio);
- 242 (la catequesis con los niños);
- 262a (catequesis con los adultos);
- 297 (procesos verificación y renovación pastoral impulsados en varias Iglesias particulares repensando la iniciación cristiana en clave catecumenal);
- 303c (propuestas formativas de inspiración catecumenal en las parroquias);
- 328 (en el contexto urbano: propuestas creativas de una catequesis inspirada en el catecumenado);
- 421 (en la coordinación diocesana, inspiración catecumenal de la catequesis).

A pesar que a menudo en el discurso catequético se habla a menudo de esta inspiración, considero que de hecho no se ha profundizado todavía plenamente en ella y queda relegada a simples gestos rituales que se desarrollan a lo largo de los diferentes procesos catequéticos, dejando en segundo plano otros elementos fundamentales.

el acompañamiento, considero que es una clave necesaria para releer los otros elementos principales que caracterizan el catecumenado: que el catequizando sea acompañado a entrar el carácter pascual de la experiencia cristiana, orientado hacia la Pasión, muerte y Resurrección de Cristo; que descubra el misterio de Cristo y la Iglesia, y se vaya introduciendo en todas las dimensiones de la vida cristiana; que se vaya introduciendo en la dimensión litúrgica, ritual y simbólica de la vida eclesial; que descubra y viva en un ambiente comunitario desde el catecúmeno es acogido en la fe y al que el proceso tiene que conducir necesariamente; que descubra su itinerario y toda su vida como un camino de conversión y purificación, gradual y continua.

Creo que si se profundiza en la lectura de la inspiración catecumenal de la catequesis desde la clave del acompañamiento, esta tiene delante un camino inesperado, probablemente poco profundizado y puesto en práctica, que abre a un ser cristiano y ser comunidad cristiana nueva y con una fuerte carga misionera y evangelizadora en todos aquellos que la vivan. Considero que, a veces, la inspiración catecumenal en las propuestas de itinerarios catequéticos ha puesto más su acento en la implicación mutua entre catequesis y liturgia, quedando reducida a la propuesta del establecimiento de etapas en los diferentes procesos, marcados por ritos inspirados directamente o más tangencialmente en el proceso propiamente catecumenal delineado en el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, dejando un tanto de lado su carácter fundamentalmente de proceso, marcado por el acompañamiento eclesial y adaptado a la persona concreta. Si descubriésemos y se pusiesen más en práctica maneras de acompañar concretamente las personas que participan en los procesos de infancia, adolescencia y juventud, además de los de adultos, la catequesis encontraría vías concretas para una respuesta a una fe más personalizada y posiblemente más «radical», en el sentido de unida a la raíz, Jesucristo.

Este mismo acompañamiento personalizado en las diversas edades y situaciones de los catequizandos haría posible un primer anuncio, no solamente como aquel que se da en primer lugar y que es necesario e imprescindible para que aparezca aquella fe inicial que permita

comenzar verdaderamente un proceso de catequesis, sino aquel anuncio al que es necesario volver a través de formas diferentes a lo largo del proceso catequético, tal como lo describe el papa Francisco y acoge el DC (cf. EG, n. 164; DC, n. 68).

5. Catequistas: acompañantes acompañados

En el proceso de «acompañar», el DC pone lógicamente mucho énfasis en la figura del catequista. No se puede olvidar que cuando el DC se refiere al catequista no se limita a pensar en aquella mujer u hombre que lleva a cabo una acción directa en la acción catequética, acompañando en la fe en un determinado momento del proceso vivencial de otra u otras personas, sino que bajo este término incluye a todos aquellos que en el Pueblo de Dios tienen una responsabilidad en la catequesis: el obispo, el presbítero, el diácono, los consagrados, las laicas y laicos, cada uno con su propia responsabilidad y con los acentos que la ministerialidad del Pueblo de Dios indica que puede y tiene que aportar.

En primer lugar, el catequista se le describe como un cristiano que ha recibido la llamada de Dios, a través de la comunidad eclesial, y que acogéndola le capacita para iniciar en la vida cristiana a otras personas. Esta dimensión eclesial del ministerio del catequista, que nace de ella y está a su servicio en la tarea catequética, hace que para serlo verdaderamente tiene que pertenecer activamente y vivencialmente a una comunidad cristiana, ya que en su tarea de catequista es expresión de ella, en tanto que acompañante del camino de fe de otros cristianos o de futuros cristianos. Su misión eclesial «se vive dentro de una comunidad que es el sujeto de acompañamiento en la fe» (DC, n. 111), por tanto, el primer acompañante del catequista es la misma comunidad cristiana donde nace y se realiza su vocación de catequista.

Es interesante e interpelante para todos aquellos implicados en el mundo de la catequesis, el diálogo que se puede establecer entre los números 113 y 135 del DC.

En el primero de estos números, se presenta la caracterización de la figura del catequista en tanto que: a) testigo de la fe y custodio de la

memoria de Dios; b) maestro y mistagogo; y c) acompañante y educador. Posiblemente este tercer apartado es uno de los lugares más significativos del DC para «describir» en qué consiste la figura del acompañante y consiguientemente del acompañamiento en la catequesis. Simplemente dejen hablar al mismo DC:

[El catequista es] acompañante y educador de quienes le han sido confiados por la Iglesia. El catequista es un experto en el arte del acompañamiento, tiene competencias educativas, sabe escuchar y guiar en el dinamismo de la maduración humana, se hace compañero de viaje con paciencia y con sentido de la gradualidad, dócil a la acción del Espíritu, en un proceso de formación, ayuda a sus hermanos a madurar en la vida cristiana y a caminar hacia Dios. El catequista, experto en humanidad, conoce los gozos y las esperanzas del hombre, sus tristezas y angustias (cf. GS, n. 1) y sabe cómo relacionarlas con el Evangelio de Jesús (DC, n. 113).

El catequista acompaña una o unas personas concretas por su edad, historia, situaciones, capacidades, etc.; para hacerlo tiene que ser capaz de escuchar y acoger la vida de estas personas para poder ponerlas en relación con el mensaje que quiere proponer y transmitir (en el fondo la doble fidelidad propia de la catequesis: fidelidad a la persona y al mensaje); para ello tiene que desarrollar unas capacidades educativas, de escucha, de guía, en docilidad al Espíritu Santo y a la gradualidad del proceso que las personas están desarrollando, ayudándolas a la maduración humana y especialmente cristiana de la que son capaces y que responda a su momento vital y a su progresivo acercamiento al Dios de Jesucristo. Como dice la nota que acompaña este mismo número, en la que se remite a EG, nn. 169-173: «el proceso formativo, es decir, el *acompañamiento personal de los procesos de crecimiento*, facilita la maduración del acto de fe y la interiorización de las virtudes cristianas» (DC, n. 113, nota 67 en la edición castellana de EDICE).

Esta gradualidad, y el valor y la necesidad del acompañamiento, vuelven a plantearse más adelante al tratar de la pedagogía catequística:

En el proceso de la catequesis, el principio de *evangelizar educando* y *educar evangelizando* (cf. DGC, n. 147; GE, n. 1-4; CT, n. 58) recuerda, entre otras cosas, que la tarea del catequista consiste en: descubrir y mostrar los signos de la acción de Dios ya presentes en la vida de las personas y

apoyándose en ellos, proponer el Evangelio como fuerza transformadora de toda la existencia, que así adquirirá pleno sentido. El acompañamiento de la persona en proceso de crecimiento y conversión está necesariamente marcado por la gradualidad, ya que el acto de creer implica un descubrimiento progresivo del misterio de Dios y una apertura y una confianza en Él que requieren tiempo para crecer (DC, n. 179).

Este estilo de catequista/acompañante parte de unas capacidades innatas que ya existen en la persona (unas tendrán unas determinadas y otras otras), pero que pueden y tienen que formarse ya sea para desarrollarlas en su máximo potencial o para compensarlas ante su carácter más limitado en la persona del catequista, por esto «esta formación tiene como finalidad hacer que los catequistas tomen conciencia, como bautizados, para ser verdaderos *discípulos misioneros*, es decir, sujetos activos de la evangelización. Esto les permite sentirse capacitados por la Iglesia para *comunicar* el Evangelio y para *acompañar y educar* en la fe. La formación de los catequistas, por tanto, ayuda a desarrollar las competencias necesarias para comunicar la fe y acompañar el crecimiento de los hermanos» (DC, n. 132).

Pero el diálogo al que me refería encuentra su segundo elemento de interlocución en DC, n. 135, al enumerar los criterios en la formación de los catequistas, criterios a tener como punto de referencia para la elaboración de los proyectos formativos concretos que se proyecten. Los criterios que se enumeran son seis: a) espiritualidad misionera y evangelizadora; b) catequesis como formación integral; c) estilo de acompañamiento; d) coherencia entre los estilos de formación; e) perspectiva de la *docibilitas* y la autoformación; f) Dinámica de laboratorio en el ámbito grupal.

Me parecen especialmente significativos para el tema que estamos analizando los criterios tercero y cuarto. El catequista, caracterizado como acompañante, en el tercer criterio se indica que tiene que ser formado él mismo, por la comunidad eclesial, en un estilo de acompañamiento:

La Iglesia se siente en el deber de capacitar a sus catequistas en el arte del acompañamiento personal, ofreciéndoles la experiencia de *ser acompañados* para crecer en el discipulado y enviándolos a *acompañar* a sus

hermanos», experimentando en su misma persona aquello que está llamado a compartir con aquellos que acompañe. (...) La novedad a la que el catequista está llamado reside en la cercanía, en la acogida incondicional y en la gratuidad con la que se pone a disposición de los otros para caminar a su lado, escucharlos y explicarles las Escritura (DC, n. 135)⁴.

Pero creo sinceramente que este criterio entra en diálogo productivo y de conexión con el cuarto, ya que «como criterio general hay que decir que debe existir una coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia de un proceso catequético. Al catequista le sería muy difícil improvisar, en su acción catequética, un estilo y una sensibilidad en los que no hubiera sido iniciado durante su formación», cita literal que el nuevo *Directorio* toma del *Directorio general para la catequesis* (cf. DGC, n. 237)⁵. En definitiva, el catequista tiene que ser formado de la manera y con el estilo que se quiere y pretende que se desarrolle la acción catequética, pues difícilmente se actuará en un estilo diferente de formador al que ha recibido en su misma formación. Es decir, el catequista solamente actuará realmente como acompañante en la medida que él mismo haya experimentado en su formación la experiencia y la necesidad de ser acompañado y de acompañar. Esta perspectiva reabre perspectivas nuevas y potencialmente transformadoras en la línea de catequesis que se va delineando a lo largo del DC y que se necesita, en la perspectiva de nuestro documento, para responder a los cambios sociales, culturales y religiosos que caracterizan nuestro hoy.

Esta misma perspectiva de la necesidad de la formación del catequista-acompañante siendo él mismo acompañado, se remarca de nuevo

⁴ En este criterio para la formación de los catequistas se citan explícitamente los relatos de los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35) y del encuentro de Felipe con el eunuco etíope (cf. *Hch* 8, 26-39). El relato del encuentro de los dos discípulos con Jesús camino de Emaús se refiere también en otros párrafos del DC, nn. 58; 160; 244. Otro relato evangélico, el del diálogo de Jesús con la samaritana (cf. *Jn* 4, 1-42), también es evocado en dos números del DC, nn. 54 y 160. Aunque son relatos emblemáticos en muchas formaciones catequísticas para evocar el estilo de formación y acompañamiento de Jesús, volverlos a leer, estudiar, reflexionar y orar será una magnífica escuela para todo catequista o grupo de catequistas que quiera profundizar en el arte de acompañar de Jesús mismo.

⁵ La nota que acompaña esta cita literal del DGC en el DC se complementa con una referencia también literal a EG, n. 171, que abunda en la perspectiva expuesta: «Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos».

unos números más adelante, cuando se habla de la formación en la dimensión del *ser* del catequista: «La tarea formativa de maduración humana, cristiana y misionera requiere un tiempo de acompañamiento porque hay que llegar al corazón que sustenta el hacer de la persona» (DC, n. 139).

Pero curiosamente, a pesar de la instancia de la importancia del catequista como acompañante y de la necesidad de ser formado en esta perspectiva para poder ser él mismo agente de lo que ha experimentado, al hablar de los centros de formación, que serían sin duda unas magníficas plataformas para llevarlo a cabo, solo se habla de esta perspectiva cuando el DC se refiere a los que describe como «Centros de especialización para los responsables y los animadores de la catequesis»: «En particular, dichos *Centros* han de tener la capacidad de promover la formación de responsables que, a su vez, puedan asegurar la formación permanente de otros catequistas; por ello, es necesario un acompañamiento personalizado de los participantes» (DC, n. 155). Pero no hay ninguna referencia a esta formación del catequista en el acompañamiento cuando se refiere a los «Centros superiores para expertos en catequética» (cf. DC, n. 156) ni tampoco, y considero que este olvido es hiriente, al presentar los «Centros de formación básica de los catequistas» (cf. DC, n. 154), ya que en ellos se ponen las primeras bases de la formación de los catequistas.

Finalmente, en el capítulo noveno, al hablar de la catequesis al servicio de la inculturación, y de manera específica al referirse a los catecismos locales, se habla de ellos también como «un instrumento adecuado para favorecer los itinerarios de formación, apoyando a los catequistas en el arte de acompañar a los creyentes hacia la madurez de la vida cristiana. (DC, n. 404).

6. Qué y a quién acompañar

Como hemos dicho anteriormente, el arte del acompañamiento supone el diálogo entre dos interlocutores, bajo el auspicio primigenio de la acción del Espíritu Santo. Por un lado, hay alguien que acompaña,

el catequista o el acompañante, del que hemos indicado sus aptitudes o características innatas o educables para poder realizar este elemento esencial de todo proceso catequético. Y, por otro lado, unas personas o situaciones que necesitan o han de ser acompañadas (y que tienen que «aceptar» este acompañamiento). En esta perspectiva es cuando el lenguaje que utiliza el DC se hace más ambiguo y heterogéneo, ya que en ocasiones es difícil establecer con claridad si este acompañamiento es puramente catequético, o también y fundamentalmente de carácter y trasfondo humano y cristiano. Intentamos a continuación detallar y caracterizar estas situaciones y personas a las que se invita a acompañar. La presentación la hacemos a partir del orden en el que se van proponiendo en el discurso del DC.

– *El ámbito de la familia*, especialmente frente a los nuevos escenarios familiares, en la línea apuntada por la exhortación apostólica *Amoris laetitia* del papa Francisco, necesita ser acompañado. Se invita a la comunidad cristiana a mirar con realismo las realidades familiares tan heterogéneas que actualmente se presentan en nuestra sociedad y, lógicamente también, en el mismo interior de las comunidades cristianas. Esta mirada es necesaria para poder acompañarlas adecuadamente y poder discernir con criterio las diferentes situaciones en que se encuentran, para así encontrar vías de integración aptas para todos y ayudarlas a encontrar la manera de integrarse o reintegrarse para poder participar en la vida de la comunidad eclesial (cf. DC, n. 234).

De manera específica el DC invita a «acompañar en la fe e introducir en la vida de la comunidad las llamadas situaciones irregulares», con un estilo de cercanía, escucha y comprensión. Para ello se anima a los catequistas a «encontrar los medios para fomentar la participación de estos hermanos en la catequesis: en grupos específicos formados por personas que comparten la misma experiencia matrimonial o familiar; o en otros grupos de familias o adultos ya existentes. De esta manera se evitaría formas de soledad o discriminación, y se podría despertar el deseo de acoger y responder al amor de Dios» (DC, n. 235). El acompañamiento genérico al que apuntaba el DC, n. 234, encuentra aquí una concreción de acento claramente catequético.

En otro ámbito, pero siempre en referencia a la familia, el DC invita de manera especial a las «Iglesias locales abrirse a la acogida y a la presencia ordinaria de personas con discapacidad dentro de los itinerarios de catequesis», acogida que se hace extensiva a sus familias, que especialmente tienen que sentirse acogidas y acompañadas, para ello será necesario que «algunos catequistas reciban una formación específica», para poder hacer su función con las personas con discapacidad, sino también «deben estar cerca de las familias de las personas con discapacidad, acompañándolas y fomentando su plena inserción en la comunidad» (DC, n. 271). Una vez más la utilización de la terminología de «acompañamiento» sugiere un campo más amplio y complejo que el simplemente de carácter e índole catequético.

– *El mundo de los jóvenes*. Partiendo del modelo y de la dinámica de cercanía que muestra Jesús en el relato del encuentro con los discípulos de Emaús, «se debe anunciar el Evangelio al mundo de la juventud con valentía y creatividad, se debe proponer la vida sacramental y el acompañamiento espiritual» (DC, n. 244). Esta cercanía ayudará a la comunidad cristiana a mantenerse en un proceso de conversión continuo a nivel espiritual, pastoral y misionero; a captar de manera más atenta las transformaciones culturales que caracterizan nuestro tiempo y a acrecentar la confianza y la esperanza. Y, por otra parte, los jóvenes tendrán la oportunidad de «descubrir el amor personal del Padre y la compañía de Jesucristo, y vivir esta época de la vida, particularmente “idónea para los grandes ideales, para generosos heroísmos, para las exigencias de pensamiento y acción”» (DC, n. 244).

Fijémonos, pero, que en este número más allá de un acompañamiento de carácter catequético que se intuye, la acentuación del acompañamiento que se señala es concretamente la del acompañamiento espiritual. Unos números más adelante, se remarcará que este está orientado específicamente para «acompañarlos en el discernimiento de su proyecto de vida» (DC, n. 252)⁶. A pesar de este marco tan

⁶ Este acompañamiento para el discernimiento del proyecto de vida en el ámbito juvenil, también se debe considerar en cualquier edad y situación, ya que «toda forma de catequesis se esforzará por mostrar la dignidad de la vocación cristiana, por acompañar en el discernimiento de la vocación específica, por ayudar a consolidar el propio estado de vida» (DC, n. 88).

genérico, se entreen algunas características que deben estar presentes en el acompañamiento del mundo juvenil: escucha paciente para comprender las inquietudes que marcan al joven; el dialogo de corazón; la animación de índole humanizadora y misionera; la capacidad de reconocer en sus experiencias los signos del amor y de la llamada de Dios; y todo ello buscando nuevos estilos y estrategias pastorales para acercarse a ellos y poder acompañarles en esta etapa tan importante de su vida.

– *El mundo de los adultos*. La fe es una realidad dinámica en la vida de todas las personas, sea cual sea su edad y situación, pero también y de manera especial en el mundo adulto. Por ello es responsabilidad del adulto hacer madurar la fe recibida en el bautismo al ritmo y teniendo en cuenta la realidad personal que vive y los compromisos y responsabilidades que ha asumido, tanto a nivel social como familiar. Para realizar este proceso «son necesarios también el acompañamiento y el crecimiento en la fe para que el adulto madure esa sabiduría espiritual que ilumina y da unidad a las múltiples experiencias de su vida personal, familiar y social» (DC, n. 259). Para ello el DC atribuye a la catequesis con los adultos «la tarea de acompañar y educar en la formación de las características propias del cristiano adulto en la fe» (DC, n. 261), tarea que se delega de manera concreta en la figura del catequista-acompañante-educador.

En referencia a esta figura del catequista aparece una nueva caracterización del talante que debe tener el acompañante del adulto, tal como anteriormente, en el número 113, había hecho del catequista en general. De nuevo dejo hablar al DC para que cada uno extraiga sus propias conclusiones:

En la catequesis de adultos es decisiva la figura del catequista, que toma la forma de acompañante y, al mismo tiempo, de educador capaz de apoyarlos en los procesos de su crecimiento personal. El acompañante de los adultos, incluso en una relación de fraternidad sincera, mantiene conscientemente una función educativa para ellos, con la intención de facilitarles una relación adulta con el Señor, unas relaciones eclesiales significativas y unas opciones de testimonio cristiano en el mundo. En el momento oportuno, la persona que los acompaña es capaz de hacerse

a un lado, fomentando así en ellos la asunción en primera persona de la responsabilidad de su propio camino de fe. Por lo tanto, es importante que los catequistas de adultos sean elegidos con cuidado y estén cualificados para ejercer este delicado ministerio por medio de una formación específica (DC, n. 263).

Remarco simplemente, en primer lugar, la insistencia en la adecuada formación para desarrollar esta singular tarea; y, en segundo lugar, que el acompañamiento tiene un «carácter temporal», ya que pretende que el adulto pueda asumir en primera persona su responsabilidad como persona y como cristiano y, utilizando una imagen, «pueda emprender el vuelo solo».

Este acompañamiento tomará acentos diferentes según la forma y los acentos de catequesis que necesita aquel adulto según su situación respecto a la fe o en las circunstancias concretas que vive (cf. DC, n. 264). Una formación y acompañamiento de adultos que se realiza en diferentes ámbitos, no solamente el parroquial. Por esto el DC reconoce especialmente el papel que realizan o pueden realizar en este campo las asociaciones, movimientos y grupos eclesiales que «garantizan un acompañamiento constante y variado» (DC, n. 265).

7. Acompañamiento – acompañar: una tarea siempre abierta

Después de habernos acercado a las diferentes perspectivas con las que el DC trata el acompañamiento en el campo catequético, podemos constatar que esta dimensión que se dibuja esencial a todo proceso catequético es una tarea siempre abierta. Una abertura que tiene que pasar por la búsqueda en la práctica de las propuestas catequéticas y de la formación de los catequistas, las formas concretas que lleven a plasmar el carácter y la necesidad del acompañamiento.

Acompañar implica la interacción de dos personas que se complementan mutuamente aportando cada uno su parte. Por un lado la persona que acompaña, el catequista-acompañante del que se habla especialmente en el ámbito de la catequesis de adultos, que tiene que

incorporar a su identidad propia la de ser acompañante vital en el proceso de fe de otra persona o personas, para lo cual se tiene que formar adecuadamente. Por otro lado, alguien que acepta ser acompañado por otra persona que considera referente para la vida cristiana que él desea descubrir, redescubrir o profundizar.

Esta relación que se establece entre estas dos personas, cada una desde su papel y responsabilidad, son conscientes que hay una implicación profunda de sus vidas. La dimensión de la fe no es una realidad que se puede separar de todas las demás dimensiones de la vida, por esto, acompañar supone y compartir todas las dimensiones de la vida, y este compartir implica tanto al que acompaña como aquel que es acompañado.

Este intercambio, ayuda también a uno y otro a descubrir la profundidad y la complejidad de aquello que se vive y comparte, iluminado por la fe en Jesús de Nazaret. Este acompañamiento e intercambio no es momentáneo ni puntual, sino que se presenta dilatado en el tiempo, ayudando a descubrir y agradecer los cambios, las profundizaciones, las maduraciones que se van produciendo.

Finalmente, en el acompañamiento existe una concurrencia de intereses en la dimensión de fondo que se toca: acompañante y acompañado profundizan en la relación vital con aquel que da sentido o quiere dar sentido a la existencia: la fe en Jesús, confesado como Hijo de Dios y Mesías.

— editorial —